

Me llamo Andrés Coindre

H. Guy Brunelle

7. Estancia en Bourg-en-Bresse.

“Región rural salpicada de marismas y neblinas”.

Al descubrir en mí cualidades de predicador, me ofrecieron un semestre adicional para desarrollar mi talento oratorio. Por esta razón me incorporé a mi parroquia asignada, Bourg-en-Bresse (Cf. H. Jean Roure, p. 49), el 14 de marzo de 1813, como primer vicario, donde ya había otros cuatro. Eso demuestra la confianza que depositaban en mí. Me dediqué a mi ministerio con pasión mientras desarrollaba el gusto por la oratoria sagrada. Los superiores se dieron cuenta y me pidieron que pronunciara el panegírico de la coronación del Emperador en la Primacial de San Juan, el primer domingo de diciembre, el 5 de diciembre de 1813, cumpliendo así el decreto del 19 de febrero de 1806 que estipulaba que se debía recordar el aniversario de la coronación de Napoleón y la victoria de los ejércitos franceses en Austerlitz. Toda gran ciudad debía de celebrar estas fechas memorables con un discurso a la gloria de la Francia militar e imperial.



Catedral de Notre-Dame de Bourg-en-Bresse

Tenía 26 años y acepté el ofrecimiento. Era difícil rechazar tal honor, porque más que un honor era una oportunidad, con la ayuda de la Palabra de Dios, para mostrarse favorable a la nueva Francia. Y la Palabra hay que hacerla carne aquí y ahora.

Me dirigí al atento y circunspecto público con alegría y temor, debido a las tensas relaciones entre Napoleón y el Papa Pío VII. Traté de mirar el mandato de Napoleón desde una perspectiva de fe.

Con ímpetu y sin poder ocultar mi admiración por Napoleón, dije: *“El jefe del Imperio, guiado por el Todopoderoso a la cabeza de nuestros ejércitos y revestido por esta fuerza invencible con la que reunió a los restos esparcidos de la nación, es el que expulsó a los enemigos extranjeros, apaciguó las guerras intestinas, recogió a los ministros del culto dispersos, devolvió el sacerdocio a sus altares y al pueblo francés sus solemnidades y sus templos”.*

Sentía que el público estaba pendiente de cada una de mis palabras, esperando algo más. ¿Me atrevería a aprovechar la oportunidad para desafiar a Napoleón en su prolongado enfrentamiento con Pío VII? El Éxodo 14, 12 me autorizaba a hacerlo, incluso me invitaba. Este texto anima a alabar al Señor todopoderoso en la peregrinación de la fiesta. Y toda buena peregrinación implica un proceso de humildad.



Napoleón arenga a la gran armada

Tomando fuerza de la palabra sagrada, me atreví a decir alto y claro que la gloria humana y militar es siempre frágil:

"Vanidad de vanidades, todo es vanidad".

Que Napoleón y sus ejércitos, célebres hoy, lo den por sentado:

"Sin el Señor nada es duradero." (Cf. Notes de prédication, pp. 94-104)

Un año después, Napoleón fue derrotado en Waterloo. Fue el principio del fin para él.

De regreso a Bourg-en-Bresse, me dediqué plenamente a mi ministerio. Visitaba a los jóvenes en prisión, acompañan a las personas en su camino de fe, celebraba los sacramentos. Desde el 14 de marzo de 1813 hasta el 20 de noviembre de 1815 se registraron 633 actos religiosos firmados de mi mano, incluidos 320 bautismos, 248 funerales y 65 bendiciones nupciales. (Cf. F. Jean Roure, pág. 49)

Nota:

En la época del Padre Coindre, Bourg contaba con cerca de 8.000 habitantes.

Bourg-en-Bresse es una ciudad con un pasado notable, que ha sabido conservar un patrimonio original que da testimonio de sus momentos históricos. Antigua plaza fuerte galorromana, estuvo anexada a Saboya durante la Edad Media antes de convertirse en francesa en el siglo XVI. La ciudad está llena de edificios antiguos, recuerdos de este glorioso pasado: casas medievales con entramado de madera, mansiones privadas de los siglos XVII y XVIII, incluido el Hotel Marron de Meillonas, la iglesia de Notre-Dame... Su monumento más famoso, obra maestra del gótico flamígero, es el Real Monasterio de Brou, fundado por la duquesa de Saboya, Margarita de Austria (siglo XVI).

Siglo XVIII: la transformación de la estructura urbana de la ciudad.

La ciudad se transformó radicalmente durante el reinado de Luis XV: se desecaron las marismas, se pavimentaron e iluminaron las calles, se derribaron las murallas y fueron construidos nuevos edificios por la burguesía y la aristocracia (ayuntamiento, palacetes de Meillonas, Bohan, Belvey, Loras, etc.). La población alcanzó los 7.000 habitantes.

La Revolución elevó la ciudad al rango de capital departamental, lo que le otorgó nuevas funciones administrativas.